

EL ASESINATO

Héctor González Pérez

@hectoramor seco

El día que Juan me rompió el corazón, no había brisa en el aire que augurara semejante final. Juan Cristóbal del Valle, él sería quien matara a mi corazón con la más solemne indiferencia. No es que él no pensara en mí, no es que Juan no me guardara en su más sincera estima, pero le era de tan ínfima importancia mi bienestar, que no supo actuar con la sangre fría que requería dicho asesinato.

Salió a la calle con andar de soldado, el andar que solo podría tener aquel que se dirige a romper un corazón (o a cometer un asesinato), pie tras otro, el sol bañando la calma de su rostro con descaro. Parecía no tener prisa, ajeno al dolor que causaba en mí la pesada espera. Yo estaba quieto, con la respiración agitada, aguardando el golpe que pondría final a toda nuestra historia.

Pero el golpe no llegó, fue su ausencia la que hizo de todo añicos. Tuve yo mismo que coger mi corazón y arrancarlo de sus sucias manos. Él seguía como en trance, mirándome entre el amor y la indiferencia, demasiado lejos del cariño, pero aún más lejos del odio. Se quedó con las manos vacías, como si no supiera si soltar o recuperar el corazón de mis cansadas manos. Pero, de nuevo, no hizo nada. Ojalá me hubiera odiado, ojalá hubiera apretado tanto mi cuerpo que la sangre reventara mis venas. Ojalá hubiera tenido Juan la compasión de matarme rápido, de poner final al castigo que fue su cariño. Pero no lo hizo, lo hice yo, están mis cansadas manos por testigo.